

JESUS DE LOS ZAPATOS

Clara Isabel Maldonado

Mientras escuchaba hablar a los otros niños, Carlos empezó a recordar como su familia solía celebrar las Navidades: esperaban juntos hasta la media noche, y entonces compartían una cena modesta, un pastel y chocolate caliente; se daban un fuerte abrazo y se acostaban para así despertar temprano al día siguiente y estar listos par la Misa Navideña en la capilla del pueblo. Sí, así era antes, cuando mamá aún estaba en casa, y cuando papá todavía trabajaba. Nunca habían tenido muchos regalos, tampoco el dinero para lujos como aquellos –costumbres vanas, diría papá –pero el recuerdo que Carlos llevaba consigo estaba todavía tibio adentro suyo esa mañana.

Ahora papá estaba enfermo. Tosía y a veces escupía sangre; desde que contrajo aquella enfermedad en las minas, no pudo trabajar más. A veces no podía ni siquiera levantarse. Sus pulmones débiles le impedían realizar la única labor que había aprendido a hacer, y su agonía era mayor que el dolor, al ver que no podía ayudar a su familia, así, impotente como estaba, afuera de las húmedas cavernas. Esto era muy común entre sus semejantes; la mayoría de los mineros no vivían más de cuarenta años. Pero mamá tuvo la fuerza y la sensatez para sacarlo de aquella tumba que él mismo se estaba cavando cada día en busca del metal, y lo salvó a tiempo pero a su vez ella tuvo que marcharse, hacia la ciudad, para hallar un trabajo como sirvienta. Desde allí venía una vez al mes, con algo de dinero y comestibles que le daban sus patrones. Se había llevado con ella a la niña más pequeña, para sí evitarles a ellos el trabajo de cuidarla.

Aquella mañana ventosa, los niños se hallaban felizmente acomodados en el suelo polvoriento, todos atropellándose por contar las costumbres que cada uno tenía en casa en la época de las pascuas navideñas.

–Si tienes un deseo, si verdaderamente quieres algo,– decía una niña con las mejillas coloradas por el frío– tienes que escribirle una carta al Niño Jesús, y colgarla en lo más alto de tu arbolito navideño. Hasta allí vendrá él a recogerla.

Carlos pensó que esa era una muy buena idea, pues él ya había aprendido a escribir. Pero...ellos nunca habían tenido un árbol de navidad en casa.

–Si dejas tus zapatos afuera, en tu ventana, –decía alguien, con un brillo pícaro en los ojos –él vendrá en nochebuena y los llenará con dulces y regalos: así sucedió el año

pasado; lástima que mis zapatos eran tan pequeños... pero crecí mucho este año, ¡así que me ha de ir mejor esta vez!

“Eso” pensó Carlos “Está mucho mejor”. El le escribiría una carta al Niño Jesús y se la dejaría en sus zapatos, en el marco de la ventana. Porque zapatos sí tenía. Un solo par, cierto, y un poco (o quizás bastante) viejos y gastados, pero todavía servían. Se los ponía una sola vez a la semana, para ir a misa los domingos. Pero seguro que eso no importaba; Jesús no había de despreciarlo por sus zapatos viejos...

Fué una noche fría aquella Noche Buena. Una brisa helada corría por las calles, escurriéndose por entre las casas en cuyas ventanas brillaban luces de colores. Aunque su deseo era sólo uno, la carta de Carlos resultó ser más bien larga; y, con mucho contento, la depositó en los zapatos que ya estaban esperando en la ventana. Se acostó temprano, cansado de haber estado toda la tarde cuidando las ovejas y ayudando a recoger las papas en la plantación. Papá se sentía muy enfermo y Alicia, su hermana, se había acostado llorando, sin querer recodar las fiestas, porque mamá no había podido regresar a tiempo. Había tenido que quedarse en la ciudad a preparar la gran cena de navidad que daban sus patronos esa noche.

Carlos abrió la ventana en la mañana, sonriendo. Pero no pudo contener una exclamación de decepción y sorpresa al no encontrar ni los zapatos, ni la carta. Sin duda alguna alguien, cuya miseria era aún más grande que la suya, se los había llevado.

Su tristeza se volvió desesperación cuando vió que su padre se había levantado, y, vestido con sus mejores ropas, declaraba a todos que por ese día había de olvidarse del dolor y la enfermedad; iban todos a la misa de navidad y quizás, al volver, comprarían un pastel e invitarían a los vecinos a celebrar con ellos.

–Bueno, muchachos, –decía, abriendo las puertas, con una alegría en la voz que los niños no habían escuchado en varias semanas, quizás meses... –pónganse sus mejores vestidos y sus zapatos, que la misa comienza a las once.

Carlos sintió las lágrimas agolpándose al borde de sus ojos: no tenía zapatos.

Cuando reunió valor suficiente para confesarle a su padre que él no podría asistir a la misa, alguien tocó a la puerta. Allí estaba Juan, el zapatero del pueblo, un hombre que casi nunca le había hablado a nadie desde su llegada años atrás; alguien a quien todos contemplaban como un ser sombrío y solitario. Allí estaba, para la sorpresa de todos, y llevaba una cajita en las manos.

–¡Buenos días, todo el mundo! –dijo alegremente –vine a hablar con Carlitos...

“Pasaba por aquí anoche, y no puede evitar el ver los zapatitos colocados en la ventana; después de todo, ver zapatos es mi oficio. Me parecieron (disculpen ustedes) tan viejos y rotos, que no pude resistir la tentación de llevármelos conmigo, solamente para tomar el tamaño y la forma, y así fabricar unos nuevos.

“Yo no tengo ningún familiar, mi mujer y mis dos hijas murieron en una epidemia a la que –desafortunadamente– yo sobreviví inmune; y no tengo a nadie con quien celebrar las navidades. Así que me pasé toda la noche haciendo los zapatos, y así, después de muchos años, me mantuve entretenido y ocupado, feliz de hacer algo bueno, olvidándome de mi propia desgracia. Quiero disculparme por no haberte avisado, pero no había ninguna luz en la casa. Aunque afuera todos celebraban, aquí estaba todo oscuro.

Carlos tomó los zapatos y sintió tanta alegría que por un momento se olvidó de la carta, el deseo, y todo lo que había planeado y esperado tanto por los últimos días; hasta que, antes de salir, el zapatero se volvió, y dirigiéndose a su padre, le dijo de manera muy casual:

–Ya que estoy aquí, quería decirle que este año que viene voy a ampliar mi negocio; las cosas han estado marchando bien últimamente y a veces tengo tanto trabajo que no puedo hacerlo solo. Voy a necesitar alguien que me ayude...he sabido que usted está enfermo con el mal de las minas, y que eso es todo lo que podía hacer desde que era niño. Bueno, lo que yo le ofrezco es muy sencillo y no es pesado; yo podría enseñarle el oficio, y, aunque al principio el sueldo no será muy bueno, sé que todo va a ir mejorando poco a poco. Sé que ambos saldremos ganando...

Carlos vio la cara de su padre iluminarse como el mismo día, y los dos hombres abandonaron el cuarto para hablar “de negocios”. El niño sentía la alegría rebosando en su cuerpo, pues, al final de todo, su deseo se había realizado; todo lo que él había pedido era que su padre pudiese trabajar de nuevo, sin que esto lo matara, y así mamá podría volver a casa para quedarse. Corriendo a la ventana, Carlos miró al zapatero con admiración y agradecimiento mientras se alejaba, ya que él había recogido su carta y había hecho realidad su único deseo.

Carlos nunca supo que el zapatero no sabía leer, y que la carta había volado con el viento hacia la noche silenciosa, mucho antes de que el viejo Juan se asomara a su ventana.